

¿PARLAMENTO EUROPEO?

Miembro fundadora del partido de Unidad Proletaria, fuiste elegida varias veces a la Asamblea Nacional italiana y al Parlamento Europeo. ¿Cuánto tiempo actuaste como eurodiputada?

Durante veinte años, desde 1979 a 1999. Anteriormente, el Parlamento Europeo estaba formado por delegaciones de los parlamentos nacionales, pero desde entonces pasó a elegirse directamente por sufragio universal. En su momento todos aprobamos este cambio pensando que haría que el Parlamento fuera más democrático, pero eso se ha demostrado una tontería. En esa época había más lazos entre el Parlamento Europeo y los parlamentos nacionales porque ambos implicaban a la misma gente; ahora que los diputados de uno no son los mismos que los del otro, no tienen ocasión de reunirse. El resultado es que lo que sucede en el Parlamento Europeo se desconoce en el ámbito nacional. Acabamos encontrándonos con una paradoja: las cuestiones se discuten en Estrasburgo, pero cuando llega el momento de que las asambleas nacionales ratifiquen las decisiones que se han tomado allí, nadie sabe lo que los miembros de su propio partido dijeron en el Parlamento Europeo.

Los periódicos rara vez hablan del Parlamento Europeo. En mi caso, en veinte años, los periódicos italianos solamente hablaron una vez del trabajo que estaba haciendo allí: fue cuando un mono me mordió en Zambia estando con una delegación parlamentaria. Naturalmente las decisiones del Parlamento Europeo se hacen públicas, pero no los debates y discusiones que las acompañan. Su característica más importante está en que representantes de diferentes países y culturas, con diferentes historias, se reúnen para discutir una cuestión concreta; pero nada de eso llega al escenario nacional. Todo se desvanece en algún lugar entre Estrasburgo y Bruselas.

Mirando al Parlamento Europeo no sólo desde una perspectiva británica, sino también quizá de una futura perspectiva italiana si se aprueba la Ley Truffa, ¿no habría que decir que hay una característica positiva que es la norma de que estas elecciones tienen que tener una representación más o menos proporcional? Por ello, aunque Italia aboliera cualquier clase de proporcionalidad, la seguirías manteniendo a escala europea.

Es cierto que el sistema proporcional significa, por ejemplo, que hay un diputado verde británico en el Parlamento Europeo, cuando habida cuenta del sistema mayoritario que utilizan, es inimaginable que lo haya en Westminster o en el Congreso de Estados Unidos. Pero cada país adapta el sistema de representación proporcional europeo como le parece conveniente. Por ello, algunos tienen umbrales más altos o más bajos; Gran Bretaña tiene un minucioso sistema de circunscripción electoral, mientras que Italia tiene cinco circunscripciones electorales y listas de partido. Al margen de que la proporcionalidad se vea abolida en Italia, actualmente Berlusconi quiere mantenerla porque ayuda a la extrema izquierda frente al Partido Democrático, podría ser que fuera el Parlamento Europeo el que prescindiera de ella. Depende de qué reglas establezca para sí mismo, ya que ello entra dentro de sus competencias. Es posible que se llegue a mayorías de partido a escala de la Unión Europea a favor de abolir la representación proporcional. Desde luego, eso borraría a muchos de los pequeños partidos que están representados allí.

¿Dónde se realiza la mayor parte de la vida del Parlamento?

Por completo en Bruselas. Una vez al mes hay una asamblea plenaria en Estrasburgo, así que los diputados pasan cuatro días allí. Pero todos los comités están en Bruselas y todos los diputados son miembros de uno o varios de estos comités, así que pasan dos, tres o cuatro días por semana en Bruselas, y también se celebran allí plenos extraordinarios cuatro veces al año, al igual que la mayoría de los encuentros regulares de los grupos parlamentarios. Esencialmente lo que tienes es una banda de nómadas en constante movimiento. Al principio era todavía peor: las reuniones parlamentarias se producían tanto en Luxemburgo como en Bruselas y Estrasburgo. Ahora ya no es así pero todavía existe un montón de idas y venidas entre las dos bases. Cada año, una gran mayoría de los diputados votaría a favor de no volver a Estrasburgo, de que todo se desarrollara en Bruselas para ahorrar tiempo y dinero. Resulta más complicado llegar a Estrasburgo, hay que hacerlo vía París, mientras que hay muchos vuelos directos a Bruselas. Pero desde el principio, incluso cuando solo existía la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, se decidió que Estrasburgo sería el centro. Francia insistió en este punto simbólico, mientras que el Tratado de Bruselas de 1965 dice que la ciudad es la sede del Parlamento Europeo. De manera que el voto anual para cambiarse se queda en la mera expresión de un deseo. La cuestión no puede cambiarse, aunque todo el mundo se queje. Los diputados tienen que llevar montañas de papeles yendo y viniendo de los aeropuertos; es una manera terrible de trabajar.

¿Este continuo ir y venir entre Estrasburgo y Bruselas sirve para fragmentar la vida de la institución?

¡Principalmente fragmenta a las familias! Los diputados están siempre fuera de casa. Hay otra dificultad más ya que no sólo los documentos, sino cerca de 800 diputados y más del doble de funcionarios y secretarios tie-

nen que estar moviéndose constantemente entre Estrasburgo y Bruselas. Una de las consecuencias colaterales divertidas es que hay un montón de líos amorosos, algo lógico cuando se envía a miles de personas jóvenes a trabajar a una ciudad lejos de su casa. Por otra parte, hay muchos aspectos en los que las cosas funcionan mejor que en nuestros propios parlamentos nacionales. La eurocámara tiene instalaciones más modernas, no como Westminster que es simplemente imposible, y tiene suficientes despachos para todos los diputados, a diferencia de Italia. También la tecnología ha estado más actualizada desde el principio en Estrasburgo, y el personal administrativo es muy eficiente.

¿Nos puedes decir cómo trabaja realmente el Parlamento Europeo? ¿Cuánta interacción existe entre los diputados, hay alguna convivencia real?

Algunas veces pienso que debería ser obligatorio que los diputados nacionales pasaran un año por lo menos en el Parlamento Europeo, para entender que la política puede ser observada desde diferentes puntos de vista, desde otras culturas. Pero en la práctica hay muy poco contacto humano entre los diputados de las diferentes nacionalidades. Todo el mundo se va a comer con el colega de su país, alemanes con alemanes, italianos con italianos; es muy raro ver a gente de diferentes nacionalidades comiendo juntas. Hay muchas razones para que esto sea así, comen cosas diferentes, a horas diferentes, y generalmente no hablan el idioma de los demás. Cada cual lee su propio periódico: los italianos llegan con *La Repubblica*, los españoles con *El País*, los británicos con *The Guardian*, los franceses con *Le Monde*. No hay vida comunitaria. Una vez intenté formar un círculo de cine los miércoles por la tarde junto a Catherine Trautmann, entonces alcaldesa de Estrasburgo; fue un fracaso completo, apenas acudía nadie y cuando lo hacían era para ver películas de su propio país. Esto ha mejorado algo en los últimos años, pero al principio era terrible.

Curiosamente, sin embargo, este agrupamiento por nacionalidades es mucho menos evidente entre los diputados del Reino Unido; ellos tienen una rígida división basada en los partidos. Conservadores y laboristas rara vez toman el café juntos, como si fueran dos especies completamente separadas, mientras que los democristianos, comunistas y socialistas italianos, que son mucho más diferentes ideológicamente, suelen comer juntos, juegan a las cartas y se llaman por sus nombres. En alguna medida estas son cuestiones del «carácter nacional», pero también entran en liza las diferentes culturas políticas, las diferentes maneras de hablar y de aproximarse a un tema. Algunas veces esto acaba en desastre y la discusión fracasa porque los traductores no son capaces de continuar; no sólo se trata del problema técnico de verter el italiano al inglés o el alemán al español, sino de traducción cultural. Incluso cuando se habla de las cuotas de pesca en el Mar del Norte, por ejemplo, un italiano planteará el asunto como una dialéctica entre la pesca, la costa y el mar, silenciando a los traductores, mientras que un eurodiputado británico será incapaz de entender un discurso no empírico. Siempre he esperado que algún lingüista estudiara el

modo de expresión de los diputados en el Parlamento Europeo, porque sería un laboratorio fantástico. Hay mucha más homogeneidad entre diputados del mismo país que entre miembros del mismo partido político; tiene mucha más importancia si uno es británico o irlandés que socialista o liberal. El peso de las estructuras nacionales es mucho más fuerte que cualquier otra afiliación.

Una cosa que generalmente apenas sucede, pero que yo practiqué mucho, es tomar parte en la vida política de otros países, yendo a congresos, conferencias, etc. El Parlamento Europeo lo fomenta, pero apenas se hace porque, al fin y al cabo, cada diputado está elegido por un electorado y no quiere perder tiempo ocupándose de otros. El sentimiento es especialmente fuerte entre los británicos, que no pueden separarse de sus circunscripciones porque los viernes tienen que volver allí para reunirse con sus electores. Sucede menos entre los elegidos en listas proporcionales y que por ello representan a un partido; eso te permite hacer otras cosas.

¿Causa problemas la traducción?

El sistema de traducción es perfecto para todas las reuniones, aunque desde luego no llega a los contactos personales. Pero la traducción es un problema porque todo el mundo insiste en utilizar su propia lengua: los daneses hablarán danés, por ejemplo, aunque dominen el inglés. Puede crear dificultades cuando se trata de delegaciones permanentes enviadas a países no europeos. Yo fui vicepresidenta de la delegación para América Latina durante muchos años y formé parte de las delegaciones que visitaron Turquía, África y Portugal antes de que éste último entrara en la Unión Europea. En estos viajes, si había un diputado griego y otro holandés, era necesario tener un intérprete para cada uno. Cualquier intento de recortar los gastos llevando solamente intérpretes de francés e inglés encontraba una fuerte oposición. Era una cuestión de dignidad nacional, los diputados no podían renunciar a su idioma. En ese sentido, el tema de la traducción da lugar a cierta rigidez. También provoca una increíble cantidad de trabajo, ya que todos los documentos tienen que traducirse a veintitrés idiomas, o más bien veintitrés veces veintitrés, ya que cualquier cosa escrita en finlandés necesita traducirse al maltés, húngaro, griego, etc., y a la inversa. En 1979, Mario Capanna, dirigente de Democracia Proletaria habló en latín como protesta, y fue respondido en latín por un entusiasmado Otto von Habsburg, hijo del último emperador austro-húngaro y diputado por el CSU de Baviera durante veinte años. También están los que quieren provocar, hablando en vasco, gaélico, etc., para mostrar que «también estamos aquí!».

Presumiblemente, el personal del Parlamento varía de país en país, pero ¿quién quiere ser diputado europeo? A menudo se dice que las ventajas materiales son mucho mayores que las de los diputados nacionales.

El salario de un parlamentario europeo es realmente el mismo que el de un diputado nacional, pero tiene unas dietas muy generosas. De hecho, la ma-

yor parte del coste del Parlamento Europeo se debe a esas dietas y a los gastos de viaje. Algunos pasan el tiempo en hoteles y restaurantes, mientras que otros utilizan el dinero para comprar pisos en Bruselas. No en Estrasburgo, allí solamente van una vez al mes. Los diputados también tienen derecho a emplear personal, lo que no sucede siempre a nivel nacional. La mayor parte utiliza esta capacidad para contratar investigadores o ayudantes, pero por supuesto siempre hay algunos que harán los contratos a nombre de su suegra. Por el contrario, los funcionarios de la Unión Europea están extremadamente bien pagados. Tienen un trabajo interesante, viajan mucho y Bruselas es una ciudad preciosa. La oposición de acceso es muy exigente, ya que estos puestos están muy solicitados y una vez que te conviertes en funcionario tienes una magnífica carrera por delante.

¿Qué proporción de diputados son realmente unos fainéants, que disfrutan de la posición sin hacer realmente nada, y cuantos son parlamentarios «trabajadores»?

Hay un cierto número de diputados que realmente no hacen nada. Llegan por la mañana en avión, firman por una estancia de dos días en un hotel y vuelven a tomar el avión de vuelta a casa. Este es el escándalo del Parlamento Europeo, pero son una minoría, probablemente no mayor del 10 por 100. Y desde luego estos casos también se dan en los parlamentos nacionales. La mayor parte de los diputados son realmente serios y trabajadores, pero la cuestión es ¿qué es lo que hacen? Una gran parte del tiempo se emplea simplemente en enseñar el lugar a los visitantes. Cada diputado tiene derecho a traer a cuarenta o cincuenta personas para que vean el Parlamento, de hecho se les paga para que lo hagan, así que invitan a gente de sus circunscripciones. Con 785 diputados, esto significa que el edificio está constantemente invadido por visitantes con sus trajes nacionales. Un día te encuentras a cincuenta escoceses con sus faldas y su música, otro día a los bávaros. Se les paga la estancia, permanecen dos días y se les muestran los alrededores del edificio. Traen sus productos locales y organizan banquetes en algún rincón del Parlamento, Pecorino sardo, *ricotta* de Maremma. Parece mucho más un pueblo que una asamblea política. Una vez, en lugar de traer a italianos, invité a algunos franceses que habían estado organizando un excelente festival de cine en Burgundy, lo que causó estupor: «cómo, pero no son italianos!». Se supone que todos estamos en una Europa unida.

También están los que pertenecen a los grupos de presión y que ocupan gran parte del tiempo de los diputados. Todas las grandes compañías tienen representantes en Bruselas que permanentemente son parte integrante del Parlamento. La mayor parte de las recomendaciones que hacen son de naturaleza administrativa, digamos, por ejemplo, las especificaciones que tienen que cumplir los neumáticos de los automóviles. Pero estas cosas pueden arruinar a una empresa del sector, así que llaman a las puertas de los diputados para preguntar cómo piensan votar en una enmienda que afectará a las ventas de sus productos; es una presión sobre cosas pe-

queñas. Evidentemente, además de esto los diputados tienen el trabajo real del Parlamento; los debates, los comités, los grupos, las delegaciones exteriores, las pilas de documentos, así como pasar tiempo en su circunscripción. Para los que se lo toman en serio, es un trabajo muy exigente.

¿Cuál es entonces la motivación principal de los que llegan a ser diputados? ¿El Parlamento Europeo se considera un trampolín para hacer carrera política?

Hoy en día, convertirse en eurodiputado es algo que normalmente se produce al final de la propia carrera. Prácticamente todos los que llegan a convertirse en eurodiputados desaparecen del escenario político nacional, dejan de aparecer en la televisión o de conceder entrevistas a los periódicos. (Hay muchos periodistas en Bruselas, pero su trabajo es informar sobre las declaraciones de los dignatarios visitantes). Es el punto final de un *cursus honorum*, una vez que los políticos llegan a los sesenta años y han realizado su trabajo, se los envía al Parlamento Europeo. Algunos jóvenes se las arreglan para colarse, pero no se quedan porque aquí no tienen por delante una carrera política. Se quedan separados de su propio país, ocupándose de cuestiones adecuadas para la elite internacional, la política africana por ejemplo, pero que en su propio país no tienen mucha resonancia a escala popular.

Esto no ha sido siempre así. Cuando en 1979 fueron elegidos por sufragio universal los primeros diputados europeos, muchos políticos con aspiraciones pensaron que era una opción interesante. En aquél tiempo, figuras como Willy Brandt, Enrico Berlinguer, Lionel Jospin, la «crema» de la política europea, eran diputados en el Parlamento Europeo. La relación entre el SPD alemán y el Partido Comunista Italiano se forjó entonces, porque esta gente solía reunirse. Todos los secretarios generales de los partidos querían ser europarlamentarios, porque ello les proporcionaba una oportunidad de pronunciar discursos en el escenario europeo. Gradualmente eso desapareció. El clavo final en el ataúd llegó en 2004 con la norma de que no se podía ser simultáneamente diputado en el Parlamento Europeo y en el parlamento nacional (una decisión italiana, ellos eran los que tenían más miembros con doble escaño).

¿En tu época, había figuras en el Parlamento Europeo que tenían la clara intención política de convertirlo en algo más significativo?

Todos los europarlamentarios, aunque solo sea por la razón de que están allí, piensan que el Parlamento Europeo debería tener más poder. Esto es cierto para todos, los ingleses inicialmente se muestran completamente opuestos, pero al cabo de seis meses todos ellos acaban por volverse pro europeos. Ken Coates, por ejemplo, se mostraba violentamente opuesto, pero atravesó la misma metamorfosis. Yo soy escéptica sobre ello. La consecuencia de otorgar «mayor poder» al Parlamento Europeo es que supondría delegar estos mayores poderes al ejecutivo, en este caso al Consejo

de Ministros. Yo me opongo por completo a dar más poderes a este órgano en ausencia de una política y una sociedad civil común europea, a la que los miembros del Consejo estuvieran obligados a rendir cuentas. Actualmente no existe esa opinión pública compartida, con el resultado de que cada ministro se siente responsable frente a su propia circunscripción nacional y no frente a la población europea en su conjunto. Las decisiones que toma la Unión Europea no se consideran tan legitimadas como las que toma un gobierno en el ámbito nacional, aunque uno se oponga a ellas. Pero en cualquier caso, en un mundo globalizado, la «democracia» se ha vuelto de naturaleza más gerencial; también los parlamentos nacionales tienen menos poderes de decisión. Los románticos en la izquierda pueden hablar de aumentar la influencia del Parlamento Europeo, pero el terreno sobre el que ello se mantendría de pie no existe.

Un segundo punto, planteado a menudo por los diputados del centro izquierda, es la cuestión de la ampliación. Bajo este punto de vista, la Unión Europea aparece como un rico pastel y los pobres tienen que ser invitados a comer su trozo; también Turquía. Siempre me he opuesto a esto porque inevitablemente parece diferenciar entre «candidatos de elite», a los que se integraría con todo lujo, y el resto que quedarían marginados. Sería mucho mejor ayudar a crear redes autónomas en regiones como Europa central o los Balcanes y pasar después a cooperar con ellas.

¿Cuáles fueron las decisiones más significativas que se tomaron mientras estuviste allí?

Decisiones ninguna; como sabes el Parlamento Europeo solamente tiene poderes de «codecisión», la Comisión tiene el monopolio sobre las iniciativas legislativas. El Parlamento no hace leyes, tiene proyectos, por ejemplo sobre desarrollo en el Tercer Mundo. El Parlamento Europeo también se ocupa de los derechos humanos hasta un extremo insufrible. Eduardo Galeano ha hablado de la tendencia de Occidente de considerarse a sí mismo como el «metro de oro» que se guarda en París y que determina la longitud del metro. Uno podría decir que el metro de los derechos humanos se guarda en Bruselas y se usa constantemente para ver si un país da o no la talla. Ésta es la razón por la cual el Parlamento Europeo se siente autorizado a tener opiniones sobre cualquier cosa, excepto sobre los Estados que lo forman. Sobre ellos no se puede decir nada. Por ejemplo, yo era diputada durante los enfrentamientos en Irlanda del Norte, las huelgas de hambre en Maze y todo eso. Mi grupo también incluía a algunos republicanos irlandeses, pero no podíamos plantear el tema porque el Reino Unido es un Estado miembro y no podemos discutir sobre los derechos humanos en el Reino Unido. Por ello se emplea mucho tiempo en discutir sobre los derechos humanos en Haití o Venezuela, algo que los parlamentos nacionales no hacen ya que eso es terreno de la política exterior. En el Parlamento Europeo una gran parte del debate se produce en torno a esas cuestiones, dando origen a intensos choques ideológicos. En cierto sentido, los eurodiputados son más libres para hablar sobre se-

mejantes asuntos que los parlamentarios nacionales porque ellos no toman decisiones vinculantes; el hecho de no tener que atar la discusión a una agenda legislativa hace que el debate sea más variado. Se presta mucha atención a los tratados y acuerdos internacionales, el GATT y demás, a los que según mi experiencia los diputados nacionales tienden a ignorar, confiándolos a los burócratas.

Así que hay algunos aspectos positivos. El Parlamento Europeo también es una fuente significativa de reconocimiento y legitimación para los políticos; todos ellos desde el Dalai Lama a Evo Morales se han dirigido al pleno del Parlamento, y es más o menos habitual tener a un jefe de Estado o ministro extranjero hablando ante el Comité Político. Esto inevitablemente expande la mente: los diputados europeos tienen un mayor conocimiento del mundo que los que se encuentran en parlamentos nacionales.

¿Qué pasa con los agrupamientos políticos dentro del Parlamento? ¿Hasta qué punto son reales los grupos socialistas, conservador, etc.?

El hecho curioso del Parlamento Europeo es que es un parlamento sin gobierno. No hay una mayoría gobernante ni una oposición. Las mayorías se forman sobre cuestiones concretas, pero la dialéctica tradicional de la vida política está ausente; los eurodiputados no tienen que defender posiciones gubernamentales ni oponerse a ellas. La dialéctica real se descubre dentro de los grupos, que tienen la tendencia a convertirse en pequeños parlamentos por derecho propio. Especialmente los grupos grandes, el Partido Popular Europeo, el Partido de los Socialistas Europeos. Mi propio grupo, Unidad Proletaria, inicialmente formaba parte del grupo Arco Iris, pero más tarde se unió al grupo de «comunistas y aliados», que finalmente se convirtió en la Izquierda Unida Europea. Los grupos se reúnen al completo una vez al mes, la semana antes del pleno en Estrasburgo; igualmente los socialistas del Comité de Presupuestos o de Asuntos Exteriores también se reunirán por separado. Dentro de estos agrupamientos hay muchas posiciones diferentes que generan debates reales, por ejemplo, los diputados griegos y británicos del mismo grupo socialista pueden votar diferente. El Partido de los Socialistas Europeos existe en teoría, pero cada partido nacional se niega a tener una única credencial europea. Las declaraciones y programas de estos partidos siempre son vagos, así que resulta difícil ver hasta qué punto existen realmente.

¿Cómo se forman los comités?

Por medio del método de D'Hondt; se aplica rigurosamente. Por ejemplo, el grupo popular tiene cien escaños, el socialista noventa y los comunistas veinte. Los grupos más grandes eligen los primeros, la presidencia del Comité Político se considera el cargo más prestigioso o la del Comité de Asuntos Institucionales. Los grupos pequeños obtienen lo que queda. Así es como se dividen las cosas, los diputados no eligen, más bien se enteran de lo que está disponible. Nuestro grupo obtuvo lo que entonces era el Comité de Cultura,

Comunicación, Juventud, Deportes y Educación porque se consideraba que no tenía interés. En 1994 hubo una batalla política cuando llegó la gente de Berlusconi, un montón de eurodiputados de izquierda sintieron que debían evitar que los fascistas que había entre ellos obtuvieran presidencias. Pero al final tuvimos que rendirnos, porque renunciar al método de D'Hondt hubiera significado socavar todo el sistema del parlamento.

¿En qué comités ha trabajado?

El primero fue el Comité de Desarrollo y Cooperación, desde 1974 a 1984. Presidí el Comité de Cultura de 1994 a 1997 y el Comité de Relaciones Económicas Exteriores que se ocupaba de los tratados económicos durante un año en 1998. Además de los comités, fui miembro de diversas delegaciones. Antes de que se admitiera a un nuevo país había años de discusiones conjuntas; la delegación para la admisión de Portugal duró mucho tiempo, y la de Turquía todavía está funcionando. También tomé parte en la delegación para América Latina en la época de la guerra de guerrillas en El Salvador, Guatemala y Nicaragua y las negociaciones a través del Grupo de Contadora. Organizamos el primer seminario oficial conjunto con Cuba. Fui miembro de la Asamblea Parlamentaria Conjunta del ACP-EU, que dos veces al año reúne a eurodiputados con diputados de África, el Caribe y el Pacífico, países que tienen lazos económicos, políticos y comerciales con Europa; en la práctica las antiguas colonias.

Según tu experiencia, ¿cuál ha sido el papel de la cultura en la integración europea?

En el Tratado de Roma de 1957 la palabra «cultura» ni siquiera aparece, ni hay ninguna referencia a ella en el Acta Única Europea de 1986. Se menciona por primera vez en el Tratado de Maastricht de 1992, que solamente dice que sería bueno que hubiera alguna cooperación cultural. Un pequeño paso hacia delante fue el Tratado de Ámsterdam de 1997, que hablaba de «identidades culturales» y de la necesidad de «apoyar», «fomentar» y «conservar» esas identidades. Pero cualquier «armonización» como la que se produjo en la esfera del comercio estaba explícitamente desechada. En el proyecto de Constitución realizado para Giscard d'Estaing en 2005 aparecían exactamente las mismas fórmulas. Por lo general la cultura sigue siendo terreno de los Estados nacionales, y el Comité de Cultura no tiene ninguna jurisdicción. Por eso nadie quiere presidirlo, no se ocupa de nada.

Los tratados de la Unión Europea siempre hablan de «culturas» en plural, evocando el concepto de diversidad. Se hace hincapié en la idea de que la cultura no es una mercancía. Pero en la realidad siempre es una mercancía, y desde que la Unión Europea se entrega a la libre circulación de bienes, una línea de pensamiento mantiene que la producción cultural debería someterse a las reglas de la libre competencia y que las subvenciones o financiación pública de la cultura son ilegítimas. El Tribunal Europeo de Justicia tomó una decisión clave sobre este tema en 1974, con el caso «Sac-

chi», concluyendo que las cadenas de televisión eran un servicio comercial. Pero en ese caso la televisión y el cine deberían entrar bajo la jurisdicción del Comisario de Comercio. Nosotros desde el Comité Cultural luchamos constantemente contra este punto de vista.

A finales de la década de 1980, se produjo un cambio real cuando todo el mundo se dio cuenta del grado de penetración de Estados Unidos en la cultura europea. La cuota estadounidense en el cine europeo había subido desde el 35 al 80 por 100 en quince años, y en ese momento resultaba más barato comprar una hora de *Dallas* que financiar la producción de series propias. De repente hubo una cadena de cumbres y encuentros, empezando con el de Delphi en 1988. El año siguiente se celebró en París la primera Conferencia Audio-Visual de la Unión Europea, los franceses están especialmente sensibilizados frente a esta cuestión, y empezaron a hablar del «genocidio de la cultura europea». La primera medida concreta que surgió fue la Directiva de la Televisión sin Fronteras (TVSF), acordada en 1989, que en parte estaba diseñada para armonizar las reglas de difusión con vistas a eliminar la competencia desleal; la idea era que debería haber las mismas reglas en toda la Unión Europea sobre la frecuencia de la publicidad y los límites sobre lo que se podía mostrar a los niños. Pero también contenía dos intervenciones potencialmente de largo alcance: el artículo cuarto exigía que un mínimo del 51 por 100 de las emisiones (películas, series, documentales) de cada cadena fueran de contenido europeo. El artículo quinto establecía que un 10 por 100 del tiempo de emisión o un 10 por 100 de los presupuestos se reservara para las producciones independientes. Estos dos artículos provocaron una fuerte lucha, ya que algunos gobiernos y, sobre todo, los operadores de la industria presionaron enérgicamente contra ellos. Finalmente se añadió la frase «cuando fuera posible» lo que significaba que no era obligatorio que los países los cumplieran.

¿De dónde vino la oposición?

Tanto de los gobiernos nacionales presentes en la comisión como de los diputados en el Parlamento. El propio Parlamento se dividió en dos. Había una fuerte oposición de la mayoría de los países del norte de Europa, por ejemplo de Alemania, donde las cuestiones culturales son competencia de los *Länder* y no del gobierno federal; y de pequeños países cuya producción era demasiado pequeña para alcanzar el 51 por 100. Para países como Italia y Francia alcanzar la cuota era fácil, pero Holanda o Dinamarca tendrían que recurrir a películas portuguesas o griegas. Estaban horrorizados ante la idea de tener que mostrar a su población películas de esos lugares. Hubo una feroz oposición del Reino Unido, porque su industria cultural está estrechamente relacionada con la de Estados Unidos, que también se opuso activamente; su representante sobre comercio exterior, Carla Hills, escribió al Comité de Cultura y le acusó de convertir Europa en una fortaleza. Durante las conversaciones del GATT en Marrakech, Clinton llegó a llamar a Balladur y Kohl por la noche para conseguir que cambiaran la posición de la Unión Europea.

Hubo una gran alianza en contra de la regulación de la televisión comercial entre Estados Unidos, Berlusconi, Murdoch y Kirch. Ellos preferían comprar culebrones estadounidense porque producir en Europa resulta más caro, el mercado es más pequeño y está más fragmentado; los patrones importados de Estados Unidos tenían mayor sentido comercial para ellos. También estaba la presión de la industria cinematográfica de Estados Unidos: la Motion Picture Association of America [Asociación Cinematográfica Americana] tiene una oficina permanente en Bruselas y los estudios y distribuidoras también tienen personal allí; entre todos hay unas treinta personas representando los intereses de Hollywood. Tienen una gran ventaja en Europa donde la distribución está muy fragmentada. A finales de la década de 1990, por ejemplo, había más de mil distribuidoras ninguna de ellas de alcance continental, mientras que en Estados Unidos había solamente siete. La legislación de Estados Unidos no permite a los distribuidores abrir salas allí, pero en Europa no existe semejante barrera. Warner, que ahora pertenece a Fox, ha sido capaz de levantar un imperio. Los beneficios son enormes así que la presión ejercida por los grupos ha sido intensa. Hubo un escándalo sonado cuando la MPAA pagó a las mujeres de la limpieza para que les entregaran los papeles arrojados después de las reuniones y poder enterarse de lo que sucedía en las sesiones sobre política audiovisual.

Además de la Directiva sobre la TVSF, en 1991 se puso en marcha el programa MEDIA dirigido por el Comisario Carlo Ripa di Meana. El programa proporcionaba ayuda para la preproducción, posproducción, formación y distribución y tenía un presupuesto inicial de 200 millones de euros para los primeros cinco años. No era mucho considerando que tenía que cubrir a doce países y dado que Francia ella sola gastaba más del doble en sus películas cada año. Pero anteriormente no había ninguna manera de financiar tales cosas a nivel europeo; no hay ningún artículo en ningún tratado que autorice a financiar la cultura de manera colectiva. Estados Unidos consideraba ilegal tanto el programa MEDIA como cualquier subsidio público a la producción, como obstáculos para el libre mercado. Ha habido años de discusión y apelaciones, y el asunto se ha vuelto incluso más complicado en la actualidad por los nuevos medios de comunicación. Ahora no se trata solo del cine y la televisión, sino también de Internet y todo lo demás, y hay miles de operadores. El choque entre el Comité de Cultura y los eurodiputados que trabajan en las telecomunicaciones se ha intensificado; ellos insisten que debemos permitir que el mercado sea dinámico, y dejar abierta la posibilidad de una desregulación completa; Martin Bangemann, un liberal alemán del FDP insiste especialmente en que las regulaciones surgen de la escasez de operadores. Obviamente, el Comité de Cultura dice otra cosa.

¿Quiénes han sido los comisarios encargados de la cultura?

Actualmente es el eslovaco Ján Figel. El primer comisario fue Ripa di Meana, seguido por João de Deus Pinheiro. Desde 1999 a 2004 fue Viviane

Reding que después pasó a ser comisaria de Información, Sociedad y Medios de Comunicación (ISM). Cuando dejó su cargo se llevó consigo los asuntos audiovisuales, algo contra lo que luchamos ya que siempre hemos dicho que las películas y la televisión no son lo mismo que las telecomunicaciones. El interés de las telecomunicaciones dura lo que dura una llamada de teléfono y no importa lo que se dice en ella, la compañía gana dinero sin preocuparse de ello. Lo que cuenta en la esfera audiovisual no es lo que dura algo sino la calidad de lo que se dice. Por ello siempre he peleado para mantener las dos cosas separadas. Pero al final lo aceptamos cuando Reding llevó las competencias audiovisuales a la Comisión de ISM porque había estado librando esas batallas con nosotros y era mejor que se ocupara ella del tema que no alguna otra no entidad.

¿Cómo se promulgan estos programas culturales?

El Comité no puede establecer regulaciones obligatorias, no tiene autoridad para hacer leyes. En vez de ello, lo que hace es presentar proyectos y proporcionar los fondos. En la década de 1980 se presentaron unos cuantos, pero los Estados miembros permanecieron muy en guardia en contra de cualquier armonización de la cultura o de los programas educativos. Una segunda ola surgió en la década de 1990, después del Tratado de Maastricht: en educación se crearon los programas Sócrates, Leonardo y Erasmus; el programa Rafael para la conservación de monumentos; Ariane para la traducción y difusión de libros; Kaleidoscope, que promovía la actividades artísticas y la cooperación entre organizaciones de tres o más países de la Unión. En 1999 se creó el marco de financiación del «Año Cultural 2000» con un presupuesto anual de 167 millones de euros, equivalente al 0,03 por 100 del presupuesto total de la Unión Europea.

La mayor parte del dinero de la Comisión se va a programas regionales que nominalmente se supone que no tienen que ver con la cultura. Pero las actividades culturales pueden tener una dimensión económica; pueden proporcionar oportunidades de empleo, lo que ha permitido, por ejemplo, que Irlanda utilice el dinero europeo para llenar Dublín de teatros, talleres y similares. Otros han usado el dinero para ayudar a convertir sus economías de industriales a postindustriales, lo que ha supuesto un montón de proyectos culturales. Se incentivan las más variadas actividades culturales. También está el programa de la «Capital Europea de la Cultura» que fue creado por la ministra griega de cultura Melina Mercouri. Al principio había una capital cultural al año, pero actualmente hay varias porque las ciudades en cuestión ganan mucho dinero con el turismo.

¿Cuántos estudiantes están involucrados en el programa Erasmus y cómo ha funcionado?

El programa Erasmus financia estudiantes universitarios que van al extranjero como parte de su licenciatura. Ahora hay cerca de 160.000 estudiantes al año que forman parte del programa. La mitad procede de Francia, Ale-

mania, España e Italia; Polonia, Bélgica y el Reino Unido representan otro 15 por 100. Ha acabado por ser un típico robo de los ricos a los pobres. Las sumas que se entregan a los estudiantes no son suficientes para vivir, la asignación básica del programa Erasmus es de 245 euros mensuales. Eso significa que la gente que se apunta es la que tiene una familia que puede darle lo que necesita para sobrevivir. Utilizando dinero público se hace un buen regalo a los hijos de familias con recursos. Hubiera sido mejor haber organizado un cierto tipo de servicio público europeo, de manera que la gente pudiera ir a Hungría para trabajar de cartero durante seis meses, por ejemplo, lo que hubiera sido accesible para todos. En vez de ello, el programa Erasmus es para la elite. A pesar de todo, por lo menos es algo, ahora hay más jóvenes que hablan idiomas, que han visto más mundo.

¿Ha habido una armonización sobre el tema del reconocimiento mutuo de las titulaciones universitarias?

Al principio no lo había pero finalmente se ha producido. El problema, sin embargo, es que al no haber una armonización de los programas educativos, una titulación en historia es muy diferente a otra. ¿Cómo se equipara algo que es tan distinto? Por ello hubo una fase en la que se acordó que la clave estaba en una descripción exacta del currículo, pero nadie se fiaba del vecino. Desde entonces ha estado en marcha un proceso lento y complicado que siempre puede estancarse por una u otra objeción, ya que para las materias relacionadas con la cultura se requiere unanimidad. Esta cuestión de procedimiento es muy importante en el sistema europeo. Cuando la Comisión quiere aprobar algo rápidamente, una mayoría es suficiente. En áreas sobre las que no se preocupan tiene que haber unanimidad. ¿Liberalización de los flujos de capital? Con una mayoría ya basta. Pero cuando se trata de la cultura se exige unanimidad. Francia, por ejemplo, insiste en ello porque le preocupa que otros puedan vender cultura europea a Estados Unidos, por lo que quieren retener el derecho de veto. Como te puedes imaginar, esto ralentiza las cosas tremendamente y a menudo lleva todo a un punto muerto.

En algunos casos donde no hay ninguna posibilidad de armonización, se produce una sustitución. Por ejemplo, el programa Eurimages que proporciona fondos para la coproducción de películas europeas; hay muchas de ellas que no se habrían llegado a realizar sin estas ayudas, especialmente las pertenecientes a la reciente «nueva ola» rumana. Pero los británicos se oponían al programa y fue imposible continuar con él. Por ello en 1998 se transfirió al Consejo de Europa, fundado en 1949 como un organismo intergubernamental y que por ello no está sometido a ninguna de las reglas de procedimiento de la Unión Europea. Igualmente, el Instituto Universitario Europeo de Florencia no es un programa de la Unión Europea, es un proyecto intergubernamental, porque nunca ha habido unanimidad sobre él. El Consejo de Europa ha permanecido de alguna manera al margen y tiene pocos fondos que distribuir, pero a menudo puede hacer las cosas bien porque

en cierta forma es más libre, como en el caso del Eurimages. Proyectos que no se han podido realizar dentro de la Unión Europea porque no han alcanzado la unanimidad, a menudo se transfieren al Consejo de Europa.

Si vuelves la mirada a la década de 1970, cuando entraste en el Parlamento Europeo, y comparas la situación de entonces con la actual, ¿qué progresos podrías señalar en la construcción de algo parecido a una cultura europea?

Absolutamente ninguno, en todo caso ha habido un retroceso. En 1979 todavía había cierto sentido de que existía algo como Europa. Pero con los grandes cambios que ha traído la globalización, «Europa» ha perdido cualquier significado real; ha perdido su coherencia interna. En política exterior, la Unión Europea hace lo que dicta Estados Unidos. En comercio, los países europeos tienen relaciones más fuertes con China que entre ellos. En el ámbito de la cultura, la gente en Europa lee más literatura estadounidense que europea, como ha señalado Franco Moretti. He hablado del programa Ariane de traducción al que los ingleses siempre se han opuesto, aunque todo se traduce desde el inglés. Hace doce años cuando era presidenta de Italia Cinema, el organismo estatal de apoyo al cine, redacté un largo documento en el que trataba de comparar la situación actual con el *Quattrocento*. En el siglo xv encontrabas un intercambio real entre los estudios de pintura; los florentinos viajaban a Rotterdam, los holandeses a Italia. En el siglo xvii Spinoza se traducían a diez idiomas; realmente había una amplia circulación de artistas y escritores por toda Europa. Actualmente ese no es el caso. Ciertamente hay una circulación de la cultura estadounidense, pero los intercambios dentro de Europa son menores que antes.

¿Quieres decir que todas las directivas, por ejemplo en defensa del cine europeo, no tienen consecuencias prácticas?

No, tuvieron cierto impacto. Pero por encima de todo sobre la producción nacional, no a escala intraeuropea. Ulrich Beck puede decir que gracias a los vuelos de bajo coste, a la movilidad laboral, a los matrimonios con extranjeros, a los intercambios de estudiantes, nos hemos vuelto mucho más europeos. No es cierto: nos han hecho más globales, no más europeos. Los vuelos baratos llegan a Tailandia igual que a Holanda. Me parece que la globalización ha producido localismo, ha diluido y estrechado las identidades nacionales a nivel regional o incluso de ciudad. Si preguntas a alguien en Toscana de dónde son, no te responderán «de Italia», sino de «Porto Santo Stefano».

Pero ya que no hay una identidad europea, te encuentras a ti misma preguntándote ¿por qué Europa? ¿En qué es diferente al resto del mundo? Al margen de la Unión Europea ¿la diferencia está en la comida y en los quesos? La Unión no solamente negocia el coste del trabajo, sino que también es la portadora de principios y valores. En última instancia la sociedad europea ha conservado una cierta distancia del mercado, del «economicismo».

Sin embargo, eso está desapareciendo lentamente, en especial desde la entrada de los Estados del Este que son abiertamente proestadounidenses. Luego está el tema de la emigración: ¿en que se ha convertido la identidad europea habida cuenta de que un tercio de la población está formado por gente con orígenes no europeos?

Pero, para acabar con un apunte político, la verdad es que todas las organizaciones internacionales están sufriendo un rápido declive; incluso la OMC ha perdido importancia. Funcionaban bien cuando un único poder estaba al mando, pero ahora es suficiente con que un país como China plantee objeciones para que la aproximación multilateral se desmorone. Por el contrario todo el mundo se mueve hacia un principio bilateral y Europa acabará haciendo lo mismo. En medio de este declive, la conclusión que se puede sacar es que un cierto grado de democracia es posible, pero que en conjunto, la globalización nos está llevando de vuelta a una fragmentación y a unas complicadas relaciones bilaterales. La Unión Europea forma parte de esa tendencia; ése es su destino.